



Byung-Chul Han, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*; traducción de Alfredo Bergés, Barcelona, Herder, 2015, 127 pp.

Sólo cuando el humo hubo desaparecido, comenzó a sentirse mejor el señor Fusi. Pero del mismo modo que desaparecía el humo, palidecían también las cifras del espejo. Y cuando se borraron del todo, se borró también de la memoria del señor Fusi el recuerdo de su visitante gris: el recuerdo del visitante, no de la decisión. El propósito de ahorrar tiempo para poder empezar otra clase de vida en algún momento del futuro, se había clavado en su alma como un anzuelo.

Michael Ende, *Momo*, 1973

En algún lugar de la *Lógica del sentido*, Deleuze escribía que lo profundo está falto de superficie, lo que nos da la entrada: Byung-Chul Han es un pensador superficial y cristalino. Basta con asomarse para contemplar sus fondos y sobra con la yema del dedo para tocar a la vez la portada y la contraportada de sus libros. Con todo, gana en superficie y se aproxima a las frecuencias de las sociedades a las que se dirige: se comprende a sí mismo en la temporalidad en la que su propia obra se escribe. No ha de buscarse originalidad o radicalidad entre las virtudes de su pensamiento, porque no lo son. En demasiadas ocasiones su lectura de otros pensadores oscila entre lo elemental y la insuficiencia, y aun así, resulta innegable la armonía entre lo ligero y lo denso de su escritura con cierta sensibilidad filosófica que tiene la ventaja de acortar la distancia entre oriente y occidente. Antes que filósofo, *stricto sensu* —si le atribuimos a la filosofía la capacidad o al menos la posibilidad de abrir conceptualmente horizontes epocales de sentido—, Byung-Chul Han es, en el mejor sentido de la palabra, un genial divulgador.

Desde la lectura de su tesis doctoral sobre Martin Heidegger en 1944, sus obras aparecen por goteo desde el último año del milenio pasado. En castellano, *La sociedad del cansancio* (2012), *La sociedad de la transparencia* (2013), *La agonía del Eros* (2014), *En el enjambre* (2014), *Psicopolítica* (2014) y *Filosofía del budismo Zen* (2015). Si tuviésemos que elegir una problemática transversal diríamos que todos ellos gravitan en torno a las mutaciones del ser social.

Con una de ellas comienza *Psicopolítica*, una frase que nos hace tropezar y caer rodando hasta el final del libro: *La libertad ha sido un episodio*. Y sigue: “La sensación de libertad se ubica en el tránsito de una forma de vida a otra, hasta que finalmente se muestra como una forma de coacción. Así, a la liberación sigue una nueva sumisión. Este es el destino del sujeto, que literalmente significa «estar sometido»” (11).

Junto a pensadores como Immanuel Wallstein, Noam Chomsky, T. Negri y M Hardt, Robert Kurz, C. Laval y P. Dardot, Han se suma al debate binómico para el diagnóstico de la racionalidad mundial y su posible superación. En el caso de Han el diagnóstico parte de la problematización entre la libertad y el poder en las

sociedades integradas digitalmente al mercado global. *La crisis de la libertad* (11-16) da paso al análisis de los principios dictatoriales contemporáneos (capitalismo y transparencia). La forma del ser social bajo ésta neo-servidumbre queda descrita a lo largo de la obra en trece apartados. Sin dejar de cumplir con lo prometido por el subtítulo (*Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*) Han argumenta y problematiza a través de Marx, Nietzsche, Walter Benjamin, Gilles Deleuze, Giorgio Agamben, Naomi Klein, Robert Kurz... pero es sin duda a Michel Foucault a quien toma como referencia para hacer valer la originalidad de la tesis que defiende: la *psicopolítica*, como técnica política fundamental del poder neoliberal, señala a una ruptura entre la era del *Shock* y el *Big Data* y la era regida por las tecnologías de poder analizadas por Foucault. Esto es, la psicopolítica señala a la ruptura con la era biopolítica. Esta dependencia teórica con Foucault tiene la mala fortuna de poner su tesis central en la que sea, quizás, la más pobre de sus lecturas, y es este problema el que motiva esta reseña, junto a la voluntad, *motu proprio*, de difundir las virtudes del pensador coreano como introductor al pensamiento filosófico contemporáneo.

La visión dialéctica que adopta Byung-Chul Han opera desde la problematización de la finitud del individuo simultáneamente como sede ontológica del acontecimiento y como alteridad radical, como observador ciego de su vaciamiento y centro reflexivo de aquel gobierno de sí que acepta inerte la *ratio* neoliberal, que le consume psicopatológicamente por ser, en último término, un modelo fraudulento de libertad en la que el sujeto no puede realizarse. Así, “El sujeto neoliberal como empresario de sí mismo no es capaz de establecer con los otros relaciones que sean *libres de cualquier finalidad*. Entre empresarios no surge una amistad sin fin alguno. «Libertad» y «amigo» tienen en el indoeuropeo la misma raíz. La libertad es, fundamentalmente, una *palabra relacional*” (13).

En la misma senda en la que Karl Polanyi habría localizado la continuidad entre la teoría social del catolicismo y la teoría social de Marx, Han defiende una concepción de sociedad como *relación* entre personas. A un ser social no le puede servir la libertad asocial: “La libertad individual es una esclavitud en la medida en que el capital la acapara para su propia proliferación. Así, —dice Han, citando al Marx de los *Grundrisse*— para reproducirse el capital explota la libertad del individuo: «En la libre competencia no se pone como libres a los individuos, sino que se pone como libre al capital»” (15). Pero la relación ontológico-psicológica del sujeto con esta lógica no es ya ni la alienación ni el fetichismo sino una nueva forma de devoción canalizada emocionalmente y volcada sobre el mercado de la revalorización *ad infinitum*, que encuentra en el mundo digital el cauce para “exprimirse” en lo visible: “Se *desinterioriza* la negatividad de la otredad o de la extrañeza en pos de la diferencia o de la diversidad comunicable o consumible. El dispositivo de la transparencia obliga a una exterioridad total con el fin de acelerar la circulación de la información y la comunicación” (22).

La dictadura del capital (16-20) queda sobre-determinada por la dictadura de la transparencia (20-27). Nuestra existencia queda aparece atrapada por una comprensión de nuestra relación con nosotros y los demás de constante valorización mediante el intercambio; exige la exportación de lo íntimo a la esfera de lo visible y el intercambio de lo visible con miras a la capitalización de sí: “El *me gusta* es el amén digital” (26).

Su apuesta teórica por la tesis de una interioridad social volcada en el universo de la mercancía abre el espacio de la acción de lo que Han llama el *poder inteligente*

(27-31). En un artículo sobre la música popular¹, escribía Adorno: “*Concentration and control in our culture hide themselves in their very manifestation. Unhidden they would provoke resistance. Therefore the illusion and, to a certain extent, even the reality of individual achievement must be maintained*”. Encontramos a Han bajo el mismo paraguas (y aquí no andamos lejos de Foucault ni de la problemática hegemónica). Se afirma —y esta es la tesis que vertebrata la obra— que el signo de alteridad del poder que levanta las alarmas de la resistencia subjetiva es el factor ausente en el poder neoliberal. “El poder inteligente, amable, no opera de frente contra la voluntad de los sujetos sometidos, sino que dirige a esa voluntad a su favor. Es más afirmativo que negador, más seductor que represor. Se esfuerza en generar emociones positivas y explotarlas. Seduce en lugar de prohibir. No se enfrenta al sujeto, le da facilidades”, y le regala un sentimiento de libertad dándole libre elección a cambio de libertad de decisión (p. 29).

A partir de esta tesis de la subsunción de la esfera psíquica en la de la mercancía y la visibilidad, Byung-Chul Han recorta al sujeto y su finitud bajo el triple desplazamiento: i) de la acción ética a la doble direccionalidad de la entrega voluntaria y la vigilancia amable (*El Big Brother amable*, 59-65). ii) De la construcción relacional *sentimental* del sujeto por la relación emocional (*El capitalismo de la emoción*, pp. 65-75), y iii) de la interiorización de lo otro del trabajo, el juego, a la esfera de la producción, desplazando así la temporalidad acumulativa del *homo economicus* por la de la satisfacción inmediata (*La ludificación*, 77-83). Sobre esta serie de desplazamientos sobre la superficie subjetiva de lo social, Han presenta el *Big Data* (85-119) como técnica paradigmática del poder neoliberal vehiculada por la transformación de lo sentimental cualitativo en lo emocional cuantitativo: la era del *Big Data* como *continuum* de información entre la psique y el poder inteligente o neoliberal. Exterioridad, transparencia y comercio: “El *Big Data* no solo aparece en la forma de *Big Brother*, sino también de *Big Deal*. El *Big Data* es un gran negocio. Los datos personales se capitalizan y comercializan por completo. Hoy se trata a los hombres y comercia con ellos como paquetes de datos susceptibles de ser explotados económicamente. Ellos mismos devienen mercancía. (...) El *Big Brother* y el mercado se fusionan” (98).

Llegados al punto en que hemos sido seducidos por los mecanismos psicopolíticos de un poder silencioso y escurridizo; habiendo sido registrada nuestra vida en su totalidad y digitalizados los epifenómenos del inconsciente (pp. 93-97) se impone la pregunta a la que no puede escapar ningún pensador: ¿Cómo escapa Byung-Chul Han de la jaula en la que dice estamos absolutamente insertos para describirla? ¿Desde dónde ha visto al poder invisible? ¿Cómo pensar la superación de un poder que nos sujeta completamente? La propuesta se podría localizar a caballo entre las tesis de la historia y la irrupción del pasado de Walter Benjamin e *Imperio* de Toni Negri y Michael Hardt. Es en la constitución misma del absoluto digital donde debemos buscar la posibilidad de su advenimiento. Constitución y visibilidad de lo subjetivo social por el *Big Data* en términos de correlación, no de *causalidad* o interacción (103). Queda entonces un ángulo muerto a la mirada del poder: el acontecimiento (¿Dios proveerá?): “No lo estadísticamente probable, sino lo improbable, lo *singular*, el *acontecimiento* determinará la historia, el *futuro* humano. Así pues, el *Big*

¹ Adorno, M. “On popular Music”, en *Studies in Philosophy and Social Science*, New York, Institute of Social Research, 1951, IX, p. 27.

Data es ciego ante el futuro” (113). Luego: ¿Qué tipo de vegetación podrá crecer a los márgenes de la luz digital? ¿Qué puede desarrollarse en el ángulo muerto del poder neoliberal? La respuesta es divertida: “Solo el idiota tiene acceso a lo *totalmente otro*. El idiotismo —que Han sitúa de la mano de Deleuze en el corazón mismo de la filosofía— descubre al pensamiento un *campo inmanente de acontecimientos y singularidades* que escapa a toda subjetivación y psicologización” (119).

El idiota como esperanza y némesis de un poder excesivo irrumpe con su política del silencio y con él concluye la brevedad de esta obra, no antes de haber dejado clara las consecuencias de su lectura de Foucault, primero, al no distinguir dos categorías anatomopolítica y biopolítica, que en Foucault se caracterizan por su diacronía y superposición, nunca por desplazamiento o por el avance dialéctico de una racionalidad uniforme al estilo de la dialéctica frankfurtiana, tampoco por su coherencia. Segundo, porque la biopolítica en Foucault no se refiere al cuerpo individual, sino al cuerpo-especie de la población sin excluir su dimensión psicológica, luego no se puede oponer ninguna suerte de psicopolítica a la biopolítica por desplazamiento porque en Foucault las tecnologías de poder se superponen, y la forma del poder nunca agota el ser social. Cabría, en todo caso, hablar de una complejidad creciente por la introducción de nuevos dispositivos como las redes sociales, los dispositivos móviles que encontrasen en el *Big Data* lo que Foucault encontrara en el panóptico. Por último, la visión dialéctica de Byung-Chul Han, incompatible con la foucaulteana, le lleva a partir de categorías inasimilables por su método para acabar encerrado en una concepción atómica y omni-subjetiva tributaria del salto cuestionable del cosmos discursivo al informático.

En contraposición a la jaula de hierro de Max Weber, de la jaula digital se escapa por vías de des-subjetivación y des-psicologización. De ella escapa el idiota al ser más sensible al acontecimiento singular y a lo improbable, invirtiendo así el corazón de la crítica foucaulteana que siempre quiso sacar a la luz los mecanismos de poderes específicos (jamás indeterminados u omniscientes) para racionalizar las formas de resistencia. Flaco favor le hace al pensamiento crítico al presentar la diagnosis foucaulteana como superada por la suya. No por ello deja Byung-Chul Han de ser un pensador ágil y un mejor divulgador, un *best-seller* con todo lo que ello implica, al que no podemos dejar de atribuir el mérito de haber introducido el pensamiento filosófico en las frecuencias de un mundo cada vez más hostil a las exigencias de la reflexión y el texto.

Alberto Coronel Tarancón